

Juan Uribe Echevarria

Alonso Ovalle, su imagen de Chile y otros elogios



ELEBRAMOS ahora en Chile el Tercer Centenario de la publicación del libro en prosa más importante de nuestra rica literatura colonial, «La histórica relación del Reino de Chile», obra que sólo pudo ser igualada en el siglo XIX por los «Recuerdos del pasado», de Pérez Rosales.

Ambos autores fijan e incorporan al país en dos de sus etapas fundamentales. A la imagen épica, contemplativa y descriptiva de la Colonia sucede la imagen dinámica y revolucionaria de nuestro siglo XIX.

Ovalle hace real, demorada y literaria la imagen de Chile que en Pedro de Valdivia es alegato de conquistador meritorio, en Ercilla es esbozo geográfico («Chile, fértil provincia y señalada...») y en Góngora Marmolejo, instantánea militar («Es el Reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina de espada, angosta y larga...»).

Ovalle confiesa la lectura de Juan y Teodoro de Bry, los hermanos grabadores de Franckfurt, autores de los «Grandes y pequeños viajes», y de las Décadas de Antonio de Herrera (1).

De los precursores inmediatos que conocieron el país, Ovalle sólo pudo aprovechar a Ercilla y a Fernando Alvarez de Toledo. La influencia de Ercilla supo precisarla con mucho arte, don Eduardo Solar Correa en sus «Semblanzas de la Colonia».

El mérito mayor de don Alonso consiste en haber completado la imagen épica del territorio, describiendo morosamente los escenarios. Es el primer gran chileno que expresa el amor a las cosas de su tierra. Con una curiosidad total que dos siglos más tarde se hará verificación dinámica en Pérez Rosales—sucesivamente niño bien, viajero, minero, comerciante, huaso, dibujante, político, periodista y agente colonizador—Ovalle hace el inventario lírico y la propaganda turística del país. Nada se le escapa, ni lo grande ni lo pequeño. Don Alonso, el fino mayorazgo de Ovalles y Manzanos se arremanga la sotana e instala de una vez la masa andina en nuestra literatura. Pero atiende también a lo ínfimo. Las chinches son de nuestros vecinos.

«No es de despreciar otra particularísima gracia y ventaja de esta tierra, y es que no cría ni consiente chinches, no vi una jamás y esto más de maravillar

(1) Antonio de Herrera.—«Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano», (1601).

habiendo tantas de la otra banda de la cordillera donde está la provincia de Cuyo, de donde tal vez pasan entre la ropa y cajas de los pasajeros, al punto que reconocen el aire de Chile y se mueren...» (Libro Primero. «De la naturaleza y propiedades del Reino de Chile». Pág. 4).

Una de las preocupaciones constantes de don Alonso es la de demostrar que la tierra chilena, sus productos y clima no eran típicamente americanos, sino más bien comparables a las mejores tierras y clima de Europa. Esto se explica en parte porque el motivo principal de su viaje a España era el de conseguir misioneros para un país tan bello como belicoso.

«Fuera de estas ventajas que he apuntado, en todo lo demás es tan semejante el clima y tierra de Chile a Europa, que no hallo diferencia ninguna, y es cosa muy de reparar, que en todo lo descubierto de la América no sé que haya región ni parte alguna que vaya en todo tan conforme con Europa, como esta de Chile, porque en unas, como en el Brasil, Cartagena, Panamá, Portobelo y otras costas y tierras que están entre los trópicos, son continuos todo el año y excesivos los calores; en otras como Potosí, las punas y sierras del Perú, los fríos; en otras hay un modo de invierno en que no llueve, y llueve en verano en la fuerza del calor; otras hay donde no se coge trigo, vino ni aceite; y otras donde si se dan las frutas propias de Europa; pero Chile tiene, como Europa, sus seis meses de primavera y estío, y otros

seis de otoño e invierno; no llueve el verano sino el invierno y todas las frutas y semillas que lleva Europa se dan también en Chile... » . (Pág. 4).

En esta literatura de descripción elogiosa de tierras, frutos y habitantes es particularmente rica la literatura española, desde los primeros siglos.

No nos resistimos a insertar aquí el maravilloso y poco conocido «Elogio de España», de San Isidro de Sevilla (siglo VII), atribuída también a San Ildefonso:

«¡Oh España! Eres la más hermosa de todas las tierras que se extienden del Occidente a la India; tierra bendita y feliz en tus príncipes, madre de muchos pueblos.

Eres la reina de todas las provincias; de ti reciben luz el Oriente y Occidente.

Tú, honra y prez de todo el orbe; tú, la porción ilustre del mundo.

La pródiga naturaleza te ha dotado de toda clase de frutos. Eres rica en vacas, llena de fuerza, alegre en mieses. Te vistes con espigas, recibes sombra de olivos, te ciñes con vides. Eres florida en tus campos, frondosa en tus montes, llena de pesca en tus playas.

No hay en el mundo región mejor situada. Ni te tuesta el ardor del estío, ni te hiela el rigor del invierno, sino que, circundada por un ambiente templado, estás alimentada por blandos céfiros.

Cuanto hay de fecundo en los campos, de precioso

en los metales, de hermoso y útil en los animales, los produces tú.

Tus ríos no van en zaga a los más famosos del orbe.

Eres fecunda por tus ríos y amarilla por tus torrentes auríferos.

Fuente de hermosa cría caballar, tus vellones purpúreos dejan ruborizados a los de Tirso.

Eres rica de hombres y de piedras preciosas, abundante en Gobernadores y en hombres de Estado, tan opulenta en la educación de los príncipes, como bienaventurada en producirlos . . . » . (Etimologías.—Elogio de España).

Seis siglos más tarde, Alfonso X el Sabio, traduce libremente del latín este hermoso canto de la España gótica en su célebre Loor de España.

«España es abondada de mieses, deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que se della facen; llena de venados e de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura e bastida de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica de metales . . . » . (Loor de España. Crónica—General de España).

Alguna relación guarda con estos lejanos textos don Alonso de Ovalle como ya adivinara el joven crítico y profesor, don Miguel Angel Vega.

«Comienza el otoño a mediado de febrero, y así viene a ser la cuaresma muy regalada, porque demás de los camarones, ostiones, erizos y demás mariscos y

abundancia que hay de pescado que traen fresco del mar de varias suertes; pescan en las lagunas y ríos muchas truchas, bagres, pejerreyes y otros géneros de peces muy regalados; y como por este tiempo hay tanta abundancia de legumbres, berenjenas, calabazas y frutas, particularmente membrillos, que los hay como la cabeza, y otro género que llaman lúcumas, de que se hacen regaladas viandas, casi no se siente el trabajo del ayuno . . . » .

« . . . Otros vinos hay también blancos, que son de estima, como son los de uva torontel y albillo, otros hay rojos y tintos, que se hacen de la común uva negra y de la mollar; y otras de varias suertes, cuyos racimos son tan grandes que admiran: en particular me acuerdo de uno que por monstruosidad mandó presentar un caballero a Nuestra Señora, el cual era tan crecido, que sólo él llenó una buena cesta, y fué suficiente para que comiése de él toda la comunidad de frailes . . . » . (Págs. 14 y 15).

Pero a don Alonso conviene cotejarlo con los historiadores y cronistas del siglo de oro que remozaban la imagen de España, o hacían las «primeras vistas» de las recién descubiertas tierras americanas.

El jesuíta Juan de Mariana, había publicado su «Historia General de España» (en latín en 1592 y en castellano en 1623) cuando Ovalle visitaba la Península.

« . . . La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo uni-

verso, a ninguna reconoce ventaja ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimiento que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como Africa, que se abrasa con la violencia del sol, ni a la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas y humedad del aire y de la tierra; antes por estar asentada en el medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano como las lluvias y las heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan en tanto grado que de España, no sólo los naturales se proveen de las cosas necesarias a la vida, sino aun a las naciones extranjeras y distantes, y a la misma Italia cabe parte de sus bienes y la provee de abundancia de muchas cosas . . . ».

«Los frutos de los árboles son grandemente suaves; la nobleza de las viñas y del vino, excelente; hay abundancia de pan, miel, aceite, granados, azúcares, sedas, lanas sin número y sin cuentos». (Historia de España).

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1657), una de las más completas personalidades del Renacimiento español, había guerreado en Italia y cruzado dos veces el océano. Llegó a ser Gobernador de Darién y de Cartagena de Indias. En 1535 publicó su «Historia General y Natural de Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano».

«La tierra de Quito es fértil de los mantenimientos

ya dichos y asimismo de todas las frutas que saben de la Tierra Firme; y es sana y de buenos aires y buenas aguas y templada, y los indios bien dispuestos y de mejor color y no tan loros como los de la costa del Mar del Norte. Hay muchas y buenas hierbas y algunas como las de nuestra España; y la que estos compañeros de Orellana y él dicen que han visto son hierba mora, berverna, verdolagas, albahaca, mastuerzo, cerrajas, cardo de comer, polco y zarzamoras, y otras muchas se cree que éstos no conocen y que el tiempo les manifestará... » . (Historia General y Natural de las Indias, Cap. III).

«Debe de causar este buen temple el sitio de la tierra, a quien haciendo lado por el Oriente la cordillera, la abrigan por aquella parte sus altos montes, que son tan levantados como veremos después, y el mar que la baña por la del poniente la regala y recrea con sus frescas mareas el verano... No es de menos estima otra buena calidad que tiene este reino y es no hallarse en toda la tierra víboras, serpientes, alacranes, escuerzos ni otros animales ponzoñosos, de manera que puede un hombre en el campo sentarse debajo de un árbol y revolcarse entre las hierbas sin temor de que le pique una araña; ni tampoco hay tigres, onzas ni otras fieras a quien temer. Algunos leoncillos hay en algunas partes, que hacen algún daño al ganado menor, pero no a las gentes, antes huyen de ella... » . (Ovalle, «Histórica Relación», pág. 3).

Tierras americanas en palabras españolas. Se trata

de una literatura descriptiva de cosas y personas; de fauna y flora exóticas; productos raros y extraordinarios.

Entre los cronistas que no visitaron América pero de ella recibieron las primeras y mejores noticias, no debemos olvidar al gracioso y periodístico Pedro Martir de Anglería (1455-1526). El humanista italiano fué agudo para captar el contraste entre el exotismo americano y el refinamiento de la época renacentista en que vivió.

«Esta raza tiene reyes, y unos mayores que otros; guerrean entre sí con hondas, con muy agudas cañas chamuscadas y con arcos. Aunque van desnudos, hay entre ellos ambición de mando, y se casan. Qué es lo que adoran fuera del Dios del cielo, aun no lo he averiguado (carta al Conde de Tendilla y al Arzobispo de Granada).

«Los horribles bosques de aquella tierra los pacen, a más de tigres y leones, y demás animales ya conocidos de nosotros, o, por lo menos, descritos por excelentes autores, otros monstruosos, pero principalmente cría un animal, en el cual la naturaleza ha cuidado de mostrarse artífice maravillosa. Tiene el cuerpo igual al buey; está armado de una trompa de elefante, y no es elefante; tiene el color del buey, y no es buey; los cascos del caballo, y no es caballo; las orejas de elefante, pero no tan grandes ni tan caídas, si bien mayores que las de otros

animales». («De Orbe Novo». Década Segunda. Del creído Continente. Edición española de Eguía, 1530).

«En otras, es notable una cierta especie de puercos, que andan en muchas manadas, los cuales tienen el ombligo en el espinazo... Hay muchas diferencias de monos y micos, muy de semejantes entre sí en la grandeza, en el color, en el pelo y propiedades de la naturaleza; son unos alegres, otros melancólicos y tristes; silban éstos, aquéllos roncan y chillan, son algunos muy ligeros y otros muy torpes, parte de ellos cobardes y parte animosos y atrevidos... tienen gran miedo del agua y si aciertan alguna vez a mojar-se o enlodarse, se ponen tristes como una noche». (Ovalle. Cap. V, págs. 21 y 22).

«Hay en este reino mucho algodón, mucha seda, mucho incienso, mucho menjuy, muchísimo arroz, y todo el lacre que se reparte por el mundo, y tiene éste minas conocidas de plata y oro, plomo, cobre, estaño. Hay caballos y elefantes, y en razón de esto, hay mucho marfil: tiene muchas badas (rinocerontes) que fuera de aquí no las hay, sino en Sofala, que es parte de Africa, aunque no son tan buenas como estas de Camboxa. El cuerno, el pellejo, la sangre, colmillos y dientes y la uña del pie izquierdo de este animal, son finísimas contraponzoña, aprovechan para muchas enfermedades, particularmente para el mal de corazón...». («Breve y Verídica Relación del Reino de la Camboxa», de Fray Gabriel de San Antonio. Dominico.

Vivió en Filipinas, Indochina y Camboxa. Primera Edición. Valladolid, 1604).

«Crían estos animales (los guanacos) en un seno que tienen dentro del vientre las piedras *Bezares*, que son de tanta estima contra veneno y calenturas malignas, para alegrar el corazón y otros admirables efectos que se experimentan. La materia de que se engendran son hierbas de gran virtud, que comen estos animales por instinto de la naturaleza para curarse de sus achaques y preservarse de otros, y para atajar que no suba al corazón la ponzoña de alguna serpiente o araña que los pica . . . » . (Ovalle. Cap. XXI).

«Todo lo que se siembra de Castilla, y el maíz y chile de acá, se da bueno y mucho. Criaban las indias muchas gallinas de la tierra, y hay mucha caza de grandes venados, cabras montesas y muchas liebres y conejos; dase bien el ganado de Castilla, así mayor como menor, y las yeguas y los puercos y gallinas, hay en quebradas y riberas de ríos y arroyos, mucha uva y rosa y lirios, y por los campos mucho lino; estas cosas se dan y nacen sin sembrarlas, ni labrarlas. Hay en partes unas ciruelas muy buenas, y piñones, mayores que los de esta tierra. Está cercada de vacas de cibola, aunque las más cercanas estarán 50 leguas, cuya carne es muy sabrosa, y el sebo es tan bueno que se come crudo a bocados; la manteca es cosa muy delicada y de lindo sabor». («Monarquía indiana» de Fray Juan de Torquemada (1553-1624). Francisco pasó

a México y se hizo orador en castellano y mexicano. Primera edición: 1615).

«La mostaza, nabo, yerbabuena, hinojo y trébol y otras que en Europa veo sembrar y cultivar por la debida estima que de ella se hace, nacen en Chile por los campos sin ningún beneficio humano y con tanta abundancia que algunas de ellas se continúan por muchas leguas y con el pasto más común de los ganados, y la mostaza crece y engruesa tanto que he visto mucha como el brazo y tan alta y copada que parece árbol y andado por muchas leguas por mostazales que cubren los hombres a caballo...» (Ovalle. Cap. II, pág. 9).

«Hasta que llegaron los españoles a aquellas partes de la América, no se habían visto jamás en ella vacas, caballos, carneros, puercos, gatos caseros, ni conejos, asimismo caseros, ni los campesinos de Europa, ni perros, sino sólo los que llamamos gozques, no los castizos, para las cacerías, ni galgos ni podencos, perdigueros perros de agua y de muestra, ni sabuesos de trahilla, o monteros, no lebreles, ni mastines para el ganado, ni los perrillos que llamamos de falda, ni cabas ni jumentos, pero después que entraron en Chile y comenzaron a criarse estos ganados, como hallaron la tierra tan a propósito para su multiplico, se han aumentado de manera que no hay hoy cosa más sobrada, no sólo para el sustento de la vida humana, sino para la de otros animales que se sustentan de carne..., es tanta la que sobra y se desperdicia al tiempo de las ma-

tanzas, que es menester quemarla y echarla en los ríos y lagunas a los peces para que no corrompan el aire». (Ovalle. Cap. XXI, pág. 90).

Sería relativamente fácil acumular más citas de escritores de Indias, cuyas obras emparentan de alguna manera con la «Histórica Relación», como por ejemplo la «Historia Natural y Moral de las Indias», del padre José de Acosta (editada en 1590) y la «Historia General de las Indias», de Francisco López de Gomara (Primera edición, 1552). No es ilógico suponer que el gran escritor chileno conociera algunos de estos libros que hemos citado, en su viaje por España. Esto no resta, desde luego, mayor mérito a una obra de tanta calidad como la suya. Nos interesaba, únicamente, probar el vínculo que une su Historia a todo un tipo de producción literaria en lengua española en los siglos XVI y XVII, destinada a completar la imagen que tenía el europeo de las lejanas tierras descubiertas.

Se trata de una literatura hacia Europa, a la que sería absurdo exigirle una mayor diferenciación e independencia.

Algunos críticos han pretendido negar la chilenidad de Ovalle y esto nos parece equivocado.

El concepto de chilenidad ha tenido que variar con las épocas y no puede ser el mismo en dos siglos diferentes.

La mejor defensa del jesuíta chileno consiste en la prolongación variada de su imagen esencial de Chile

a través de las obras de escritores contemporáneos, como Mariano Latorre—en las aulas y en su obra toda—en el «Canto General de Chile», de Pablo Neruda, en la «Carta Magna», de Pablo de Rokha, en «Chile, una loca geografía» y «Tierra de Océano», de Benjamín Subercaseaux, en «Presencia de Chile» y «Cuerpo y Alma de Chile», de Luis Durand.